

¿Duelo de periodistas?: Enrique Labrador Ruiz, Miguel de Marcos, Goethe y la bicicleta

Por ADIS BARRIO

No es este un texto surrealista; no hay encuentros “fortuitos” entre el famoso “paraguas” y la “máquina de coser en una mesa de disecciones”, como acuñara para la historia de la estética vanguardista Andre Breton; nada de eso. Ni siquiera apostamos por la veracidad de los datos. Es lo de menos. El impulso de esta “curiosidad” se dirige a la esencia ilustrada del mundo de la noticia, a la fuente erudita por donde debe brotar el buen periodismo.

Y para esto tomamos el pretexto de retos subliminales en dos cartas cruzadas entre Enrique Labrador Ruiz (Sagua La Grande, 1902-Miami, 1991) y Miguel de Marcos (La Habana, 1894-1954), ambos maestros del periodismo y escritores-novelistas de talla notable. Si lo que sigue es la pregunta: ¿y cuáles fueron las armas seleccionadas?, la respuesta inmediata es: “la palabra” y, por ende, “el conocimiento”.

Gastón Baquero, otro grande del diarismo, había advertido que el periodismo al “estar hecho por escritores natos y enteros, dueños de una cultura y de un vocabulario eficaces, es una y la misma cosa con la mejor literatura, *es parte de la mejor literatura*” (1980:30).

José Lezama Lima, oteador de densidades invisibles, cuando se le entregó el Premio Periodístico “Justo de Lara” a Luis Amado Blanco en 1951, dijo: “Así el poeta parece como el periodista o relator de lo irreal ponderable, como el periodista se nos presenta, en la serena región de los arquetipos, como el poeta de lo irreal, inmediato y puro.”

Un cambio de época entroniza con inusitado vigor la información gráfica y verbal en la prensa periódica. La “crónica” poseyó excelentes cultores desde las décadas finales del siglo XIX en Iberoamérica –Gómez Carrillo, por ejemplo-, caso excepcional, por antonomasia, José Martí. Es un género que se hace vital en el XX y que constituye mercado de expresión para los hombres de letras. Las redacciones de los periódicos fueron escuelas de -¿soñadores?-

creadores. En ellas se ajustaron los goznes de las palabras, esa dudosa certitud de una “verdad” deliberada, la “verdad” de la noticia, que en la novela se hace ambigüedad, a través de las voces de los decires.

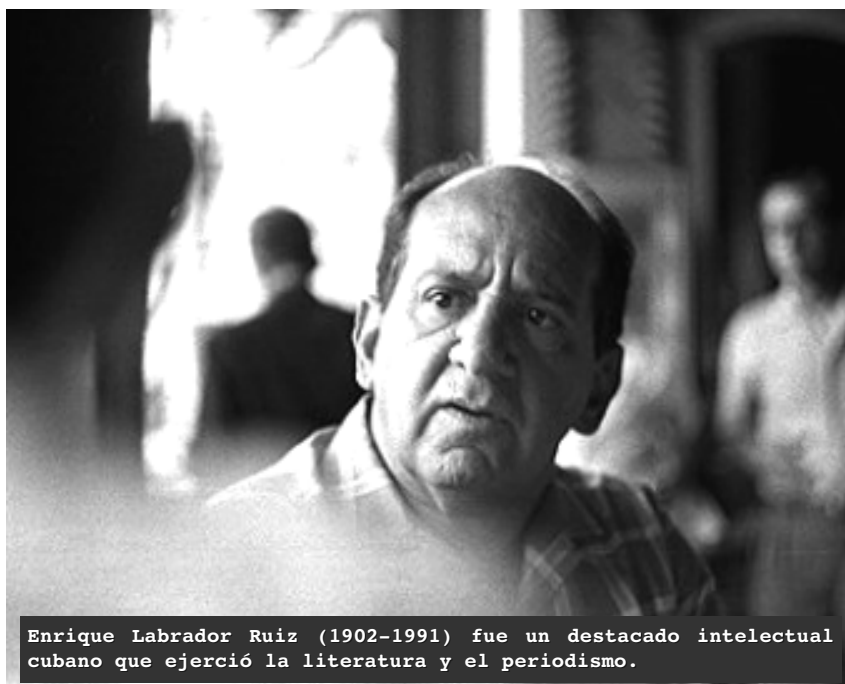
Labrador Ruiz, quien se denominara “semántico” –“Lo que yo pretendo es ir al meollo del pensamiento mediante la dinámica interna del lenguaje (...) Por eso me atrae ser semántico” (1988:VII-VIII)-, se formó desde temprana edad y de manera autodidacta en la redacción del periódico *El Sol*, de Cienfuegos. Posteriormente en La Habana colaboró en diferentes publicaciones: *Alerta*, *El País*, *Social* y *Bohemia*, entre otras. Fue el autor de las llamadas “novelas gaseiformes”: *El laberinto de sí mismo* (1933), *Cresival* (1936) y *Anteo* (1940) y de *La sangre hambrienta* en 1950, además de las colecciones de cuentos: *Carne de Quimera* (1947), *Trailer de sueños* (1949) y *El gallo en el espejo* (1953), y de los ensayos –que tanto marcaron la andadura de su prosa, es decir, las bases de su estética en general- *Manera de vivir* (1941) y *Papel de fumar* (1945). En 1958, publicó una especie de obituario periodístico titulado *El pan de los muertos*, cuyas páginas son una selección de memorables y sentidas crónicas que escribiera en su oficio de periodista. En cualquier caso, Labrador refleja una prosa esmerada que se sostiene en el trabajo lingüístico, trasvasado a la literatura en la estilización de los giros lexicales, extraídos de la oralidad.

Miguel de Marcos fue también maestro de la palabra. Periodista por excelencia, fue redactor de diferentes publicaciones como *Tiempo Nuevo*, *Prensa Libre*, *Diario de la Marina* y *Heraldo de Cuba*. Su obra lleva la impronta del mundo informativo. Esto se hace evidente en sus novelas *Papaíto Mayarí* (1947) y *Fotuto* (1948), las cuales otorgan un espesor diferente a las escenas costumbristas de la tradición decimonónica que, en el caso de Marcos es más afín con el estilo de José Victoriano Betancourt y José de Larra. No se detiene su observación en el registro

detallista de espacios y transeúntes, sino en la creación de una estética del lenguaje, preformativa y funcional, como un personaje paródico y reflexivo, donde la palabra escenifica las secuencias de la fábula. Es el hojear de un periódico, en el cual lo menos importante sería la noticia, sino su reverso, su construcción, el orden de los discursos y lo relativo de la verdad en sus tensiones discrepantes con la Historia y los mitos que se tejen en torno a ella.

En 1938, Miguel de Marcos ingresa en la Academia Nacional de Artes y Letras y para tal ocasión lee un trabajo de sugerente y modernísimo título: *El arte y la ciencia de informar*. En él, como hiciera Gastón Baquero, rechaza la irreconciliabilidad de literatura y periodismo y dice: “En esta hora de un mundo conculso –de un mundo que titubea entre la cuna y el féretro- ambos vocablos tienen un común denominador, ambos proceden de la misma miseria profunda” (1938: 10) y, en otra parte sentencia: “Que un periódico sea literario no depende de que se vierta en él mucha literatura, sino que se escriba literariamente todo” (1938: 24). Es decir, para el autor de *Fábula de la vida apacible (Cuentos pantuflares)* (1943) –que no es otra cosa que escenas tomadas de la cotidianidad, a vuelo de reportero, diríamos, pendientes entre la crónica y el cuento e insertas, posteriormente en la trama de sus novelas-, la celeridad de la noticia, a tono con los nuevos tiempos, es un “arte” que se consolida en la excelencia del lenguaje, en ese oficio de la palabra que Carpentier resintiera a los escritores de la primera generación de la República y que Martí, desde las páginas de la *Revista Venezolana*, llamara la atención en paradigmático escrito: “La frase tiene sus lujos (...) Pues, ¿cuándo empezó a ser condición mala el esmero?” (1881: 57).

Y de ese esmero es de lo que se trata. Estos periodistas-novelistas que tuvieron que insertarse dentro de la prensa para armonizar su vocación intelectual ante el “reenquiciamiento” de la vida, retomaron el cauce martiano de la mo-



Enrique Labrador Ruiz (1902-1991) fue un destacado intelectual cubano que ejerció la literatura y el periodismo.

derinidad y construyeron una ética para el “oficio de informar”, haciendo –y otra vez Lezama- de la “arribada de la novedad” una “categoría estética”.

Estas cartas, como ya dijimos, son tan solo pretexto que promueve el interés por el saber entregado como divertimento, a través del oficio del discurso periodístico, bien aderezado por el estilo personal que pone a prueba la erudición como un duelo, en donde el lector, ese árbitro que ya no puede ser pasivo, mucho menos neutral, será la productividad del empeño, el verdadero alcance cultural de la comunicación. Veamos las dos cartas:

“Enrique Labrador Ruiz, el creador de la novela gaseiforme, espíritu pugnaz que cada mañana sale a combatir contra los filisteos acometiéndolos con brulotes y vitriolos –y también con rigoladas resonantes que se orquestan como un tifón- me remite la siguiente carta:

La Habana, octubre 2 de 1942.

Querido Miguel de Marcos:

¿Te imaginas a Goethe en bicicleta?

En esta época de racionamientos y limitaciones, creo yo, esto es “noticia”, sobre todo para ti y para

tu regocijada sección del Diario. Te cedo el costo, si no lo tienes. La cosa fue así: Revolviendo viejos libros me encontré el succulento dato. Año de 1817..., el alemán Von Drais, ingeniero un poco dispéptico, imagina un curioso artefacto: dos ruedas, cierto rudimentario manubrio, el caballo de madera... al que ha de llamar, con esta altanera cortesía de los inventores, la “draisina” sirve para recorrer, manteniendo un razonable equilibrio sin postergaciones nerviosas, hasta largas distancias. Por esta época el inmenso poeta que habría de crear *La Elegía del Marienbad*, cuenta 68 años; es un intrépido curioso que ama todos los descubrimientos y no va a dejar pasar por su lado, tan fácilmente, a esta precursora de la bicicleta. ¿Cómo hacer? Sin asustarse ni mucho ni poco, como el resto de la gente de su vecindad, trepa una tarde sobre el caprichoso vehículo y pedalea, alegremente instalado sobre el rígido sillín, en busca de un comfortable ejercicio. Luego anota en su diario, sin ninguna referencia para la peripecia del primer día, que muchos estudiantes se pasean también por Jena de este modo y que tendrá la “draisina”, a no dudarlo, un gran futuro. No tengo a mano los coloquios de Eckermannn,

los que me parecen posteriores a 1820..., pero te representas tú esta conversación en torno a la dignidad con que él pasaba, caballero de un Pegaso mecánico, por entre las perplejas carrozas de la Corte? La draisina que le perteneció podía verse (o se verá todavía; no lo sé) en el palacio Belvedere, en Weimar. Para los caballeros de cultura vacilante en locomoción, harías bien en adobar este antecedente de buena alcurnia, portador de una exquisita enseñanza.-

Te quiere: Labrador Ruiz”

Veamos la respuesta de Miguel de Marcos:

“No es preciso adobar este antecedente de buena alcurnia. Labrador Ruiz, con su buena prosa tersa, en estas breves líneas de una carta amistosa, lo ha dicho todo y ha puesto todos los ingredientes. La draisina es la precursora de la bicicleta. Draisina: lindo nombre: flor novicia, de virgen púdica, de producto farmacéutico. Además, Goethe pedaleó sobre su textura primaria. Si los mensajeros del cable tuvieran tiempo para leer, seguramente, le infundirían a su pedaleo una grandiosa majestad. Pero, en fin, es posible que la draisina de Goethe tenga otro antecedente. Verás. Hace 19 siglos, en el otoño del año 79, para precisar mejor, el 9 de las calendas de septiembre, ocurrió un suceso extraordinario que no ha perdido su actualidad. Había un viejo volcán retirado, un volcán que se enfriará y que pasará al renglón de las cosas inofensivas, pues su mismo cráter sirvió de refugio a los soldados de Spartacus. Era el Vesubio. De repente, rompiendo su silencio de siglos, estalló fragorosamente. Un escritor de aquella época, Plinio, el joven, si no me equivoco, escribió así: “Era el 9 de las calendas de septiembre, hacia la hora séptima; mi tío mandaba la flota en Misena, cuando mi madre vino a anunciarle

que una nube de una grandeza y de una forma inusitada se elevaba en el horizonte: Al principio nos fue imposible decir de qué montaña salía; más tarde se supo que fue el Vesubio. Para describir las formas y la apariencia de la nube, sólo encuentro una comparación: la de un pino gigantesco abriéndose en ramas en la extremidad de un tronco desmesuradamente alargado”. En efecto, era el Vesubio que regresaba a la vida y lo hacía de manera excesiva. El suceso del año 79 es suficientemente conocido: cuatro ciudades engullidas, quemadas por el fuego volcánico.



Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), poeta, novelista, dramaturgo y científico alemán y una de las figuras señeras de la literatura alemana.

Una de ellas era Pompeya donde, en la Roma imperial se refugiara, con todas sus gracias y todas sus armonías, la civilización griega. Cuatro ciudades aniquiladas. Miles de muertos. Desde luego, menos que un bombardeo aéreo de hoy.

Pero la “reprise” del Vesubio y la destrucción de Pompeya, crearon una nueva actividad erudita. No cabe duda que los estudios históricos tienen un excelente caldo de cultivo en una erupción volcánica, Pompeya, con su drama, creó las excavaciones,

las rebuscas científicas de una civilización que poseyó la sonrisa y fue precursora del baño intercalado.

En 1879 al cumplirse el décimo octavo centenario de la gran catástrofe, se realizaron admirables excavaciones en Pompeya. Hay sobre esto una carta deliciosa de Ernesto Renán al *Jornal des Debats*. Lo cuenta todo y, a ratos, se aparta de las excavaciones, para detenerse en las verdes campiñas del Sarno, para describir la pequeña isla de Hércules, para descubrir en el antiguo puerto de Pompeya la traza vigorosa de los sólidos fenicios que nunca fueron acusados de agiotistas y acaparadores. De pronto, es el milagro: descubrimiento de una casa pompeyana. Huesos innumerables de las víctimas: vasijas, cuadros, pinturas, capillas secretas. Y un artefacto extraño: dos ruedas y un manubrio, un objeto en que se ingerían los pies. Era la “veleda”. Veleda: lindo nombre, aéreo, sutil, nombre de corola, de sonrisa, de movilidad. Veleda: eso parece una contracción de velocípedo. Pero no cabe duda, mi querido Enrique, que esa veleda de Pompeya, como la draisina en que pedaleaba Weimar por las calles de Jena, parece una abuela napolitana de la bicicleta.

Miguel de Marcos.”

(“Itinerario: Las abuelas de la bicicleta”, /Carta de Enrique Labrador Ruiz y respuesta de Miguel de Marcos/, en *Diario de la Marina*, La Habana, octubre 6 de 1942, p. 2.)



Referencias:

Baquero, G. (1980): “El falso antagonismo entre literatura y periodismo en el ejemplo de Enrique Labrador Ruiz”, en *Homenaje a Enrique Labrador Ruiz*. (Textos críticos sobre su obra) Edición a cargo de Reinaldo Sánchez. Editorial Ciencias, Montevideo, Uruguay, :30-37.

Marcos, M. de (1938): *El Arte y la Ciencia de Informar*. Discurso de ingreso del académico electo de la Sección de Literatura, Dr. Miguel de Marcos, leído por su autor en la sesión solemne celebrada el día 30 de junio de 1938. Molina y Compañía, La Habana:7-26.